

INGRID JONKER:

MY VROT VOLK

SELNICH VIVAS HURTADO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

De acuerdo con la edición holandesa *Ik herhaal je* [Yo te repaso] (Uitgeverij Podium, Amsterdam, 2000), traducida por Gerrit Komrij, la obra poética de Ingrid Jonker se compone de tres libros: *Ontvlugting* [Evasión] (1956), *Rook en oker* (1963) y *Kantelson* (1966). De ellos, el segundo y el tercero han sido traducidos magistralmente al español por Agustín B. Sequeros y publicados por la Editorial de la Universidad de Antioquia, bajo los títulos de *Humo y ocre* (2015) y *Sol volcado* (2019). Esta novedad editorial trasciende los límites y las expectativas del mercado colombiano pues propicia un encuentro entre tradiciones poéticas y luchas sociales lejanas, pero profundamente conectadas: la kriol del Caribe y la afrikáans de Sudáfrica. Un ejemplo de ese parentesco se encuentra en un fragmento del poema “Ek dryf in di wind¹” [Yo manejo en el viento] de *Kantelson*:

¹ Todas las citas en afrikáans han sido tomadas y cotejadas de las ediciones holandesa y colombiana. Las versiones al español serán siempre las de Sequeros, con excepción de los dos versos que cierran este comentario. En casos específicos haremos ampliaciones propias de ciertas palabras afrikáans.

My swart Afrika
volg my eensame vingers
volg my afwesige beeld
eensaam soos 'n uil
en die vereensaamde vingers van die wêreld
eensaam soos my suster
My volk het van my afgevrot
wat sal word van die vrot volk
'n hand kan nie alleen bid nie

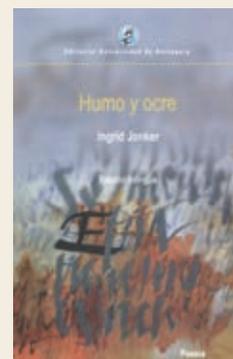
Mi África negra
sigue mis dedos solitarios
sigue mi ausente imagen
solitaria como un búho
y los desamparados dedos del mundo
solitarios como mi hermana
Mi pueblo se me ha podrido
qué será de mi pueblo en putrefacción
una mano no puede rezar sola

Kantelson, sol volcado, es al mismo tiempo una definición anticipatoria del colapso del desarrollo europeo, del cual hay que evadirse. En sentido estricto el sol volcado es el sol en declive, el sol poniente. Ninguna otra cosa significa la palabra Occidente, la tierra por donde se oculta el sol, por donde decae la vida, por donde llega la oscuridad, por donde se cultiva la soledad. Así el poema “Ek dryf in di wind” nos explica por qué vamos a la deriva. Vamos a la deriva porque nuestra África negra carece de imagen, sigue dedos solitarios, sigue los dedos desamparados del mundo. A esta África solo le queda una mano. Esa África negra, esa madre del mundo, “se me ha podrido”, vivimos en un “pueblo en putrefacción”. En este contexto, una mano sola no puede rezar, no. En tales condiciones, la madre, la hermana, la mano están solas, carecen de esperanza, de apoyo, de comunidad. En medio de tales desarmonías, *die vrot volk*, el pueblo es lo putrefacto, lo decaído. ¿A qué se debe esa putrefacción del mundo? La pregunta por la pútrida patria parece repetirse en cada sociedad contemporánea, tal como lo testimonió Winfried Georg Sebald en relación con Austria.

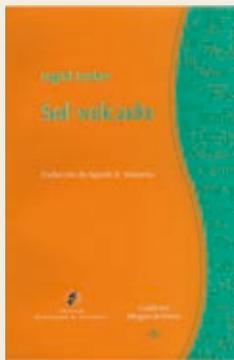
La obra de Ingrid Jonker goza de actualidad y contundencia, en el mismo camino de Sebald, gracias a su capacidad para cantar la tragedia ocasionada por la expansión del dinero en África. Sus poemas, escritos en una lengua minoritaria, sirven para leer las consecuencias del reparto de los pueblos africanos por parte de las potencias europeas desde 1884. Entendemos ese reparto de culturas y territorios como una debacle general de la existencia y la queremos explicar a partir de la pérdida del *shier*, para utilizar un concepto raizal que enuncia un fenómeno social de reciente deterioro en el Caribe.

Nacida en Douglas, Sudáfrica, en 1933 en el seno de una familia europea de ascendencia holandesa, Ingrid Jonker asumió la tarea irreverente de escribir poesía en afrikáans (un idioma germánico derivado del neerlandés, con préstamos fonéticos, morfológicos, léxicos y semánticos de lenguas africanas y del inglés). Para muchos una lengua inventada apenas a finales del XVII carece de capacidad poética. Madre a muy temprana edad, incursionó en las aventuras de las libertades y los tormentos sexuales, en medio de una sociedad conservadora, masculina y fanática. Férrea opositora del régimen del *apartheid* (separación de razas), promovido por su padre el periodista y senador Abraham Jonker, Ingrid tomó partido públicamente por los africanos empobrecidos, discriminados, asesinados. Se suicidó a los 31 años, luego de experimentar el desencanto de un viaje por la culta Europa, tan idealizada por el régimen sudafricano del macho europeo viril y violento. Al enterarse del suicidio de su hija —Ingrid se dejó abrazar por el mar—, Abraham Jonker le dijo a la policía: “Wat my betref, kan hulle haar terugstoot in die see”. Es decir: En lo que a mí respecta, puede usted devolver su cadáver al mar.

La hija había traicionado los principios de la sociedad segregacionista y esclavista. La hija había escrito el poema más fulminante en contra de la dictadura de los europeos africanos sobre la mayoría africana: “Die kind wat doodgeskiet is deur soldate by Nyanga”. El niño matado de un tiro por los soldados en Nyanga se publicó en periódicos oficiales, luego en *Rook en oker* y fue celebrado especialmente por los presos políticos y las víctimas de las balas del Estado. En YouTube todavía es posible ver el discurso de Nelson Mandela en 1994 leyendo el poema de Jonker o el



Ingrid Jonker. *Humo y ocre*. Trad. Agustín B. Sequeros. Medellín: Universidad de Antioquia, 2015.



Ingrid Jonker. *Sol volcado*.
Trad. Agustín B. Sequeros.
Medellín: Universidad de
Antioquia, 2019.

video de la madre del niño asesinado escuchando la lectura en voz alta del mismo poema. Cómo no leerlo hoy, por ejemplo, en Colombia: Ese niño “hy lê met ’n koeël deur sy kop”, el niño que yace con una bala metida en la cabeza, ese niño no está muerto:

die kind wat ’n man geword het trek deur die ganse Áfrika
die kind wat ’n reus geword het reis deur die hele wêreld
Sonder ’n pas

el niño que se ha hecho un hombre recorre toda África
el niño que se ha hecho un coloso va por todo el mundo
sin un pase

El niño asesinado por las balas del Estado ya no necesita pasaporte para recorrer el mundo, ya no necesita permiso para expresar su desacuerdo contra los que instauran el régimen del terror como sustituto al antiguo modo de vida comunitaria. Ese niño es un coloso, es decir, un símbolo que aviva las protestas y la resistencia de los pueblos oprimidos, en Sudáfrica y en el resto del mundo. Estos rasgos, enunciados de manera esquemática y ligera, dejan entrever las líneas generales de la función política en la obra de Jonker. El *shier* o la filosofía de vida propia del Caribe, en riesgo de extinción desde que empezó la colonización colombiana en los años cincuenta del siglo pasado, era lo mismo que se había perdido en Sudáfrica cuando las balas asesinaron a un niño que “net wou speel in die son”, solo quería jugar bajo el sol. El *shier* se refiere a los modos del compartir dentro del pueblo raizal, a su comprensión de la hermandad y la convivencia. Aunque el Caribe esté a miles de kilómetros de Sudáfrica, el pueblo raizal conserva las nociones del respeto comunitario que provienen de sus ancestros africanos. Por esta razón, entre los raizales el *shier* está relacionado con la crianza comunitaria, el compartir de recursos naturales y el tránsito libre por el archipiélago.

La crianza comunitaria lleva a una comprensión de la educación al aire libre como un bien colectivo, en el que es necesario que todos tengan participación sin distinción de religión, clase social, lengua o aspecto físico. Los recursos naturales compartidos hablan de una justicia social y una equidad, de tal modo que la continuidad de la vida sea posible en las condiciones más dignas. Por último, el tránsito libre por el territorio desmontaría la idea de naciones hegemónicas y uniformadas, de propietarios de la tierra, de señores y amos de esclavos. La poesía de Jonker se conecta con el *shier* raizal en sentido inverso, pero de modo ejemplificativo. La obra de Jonker explica sociológicamente cuáles son las consecuencias de la pérdida del *shier* en la África negra después de la colonización europea de 1884. El pueblo está podrido, la palabra putrefacta conduce los valores individualistas sobre la antigua sabiduría colectiva.

La educación como un bien colectivo, construido conjuntamente por el bien de la comunidad rural, de los seres que habitan un territorio que autogestiona sus alimentos y los comparte, es precisamente lo que no existe en el modelo del *apartheid*. Más bien se impone un discurso que excluye por principio la diferencia

y que obliga a la uniformidad de la vida urbana. El *apartheid* defiende la autoridad, la verticalidad, la violencia; el *shier*, el estar juntas, la cooperación, la generosidad, la confianza. El *apartheid* es una extensión del capitalismo y de su ansia individualista que ve a los otros exclusivamente como fuerza de trabajo para el enriquecimiento de los señores, legítimos hombres educados. El niño es asesinado por las balas de los soldados porque los soldados, asalariados, han sido obligados a defender un proyecto de desarrollo urbano. La ciudad acumula mercancías y promueve su consumo acelerado por medio del espejismo del dinero y la especulación ludópata. El campo, el cultivo comunitario, defiende el trueque y promueve la confianza en la palabra y en los lazos afectivos, la posibilidad de jugar al aire libre.

El congreso celebrado en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885 marcó con exactitud el inicio del nuevo proceso de socavamiento material y espiritual de las culturas africanas. Se trataba del reparto de rapiñas entre potencias europeas que no terminaban de saciar sus deseos de imponer el dinero por encima de la naturaleza y los seres que la componen. No había bastado con la trata trasatlántica de millones de seres y con su esclavización en América. A comienzos del siglo xx se trataba de esclavizarlos y degradarlos en su propio territorio. La repartición dio origen a más de cincuenta países —en realidad fincas privadas como Congo y Sudáfrica— controlados por aristócratas, a la manera de Leopoldo II de Bélgica, o por multinacionales del caucho, del carbón, del oro, del marfil o por militares africanos que seguían las órdenes del capital y la opulencia.

El proyecto consistía en propiciar la migración de la población europea menos favorecida para que se acomodaran al modelo de expansión, es decir, para que instalaran los modos de vida europeos, basados en la acumulación de dinero, en territorios de economías ancestrales, solidarias. Eso comportaba, por supuesto, el uso de la violencia, del racismo y de la exclusión de una inmensa mayoría. La repartición de África a finales del siglo xix produjo en las futuras generaciones de europeos africanos y de africanos colonizados un desencanto espiritual del mismo orden que el vivido en América durante siglos de esclavitud y exterminio de la población indígena y afrodescendiente. Del mismo orden del que vive la población raizal desde la colonización colombiana.

Esta terrible coincidencia explica por qué la poesía caribeña y la poesía africana —compuestas desde las oralidades kriol o las oralidades africanas o escritas en lenguas europeas en África y América— comparten experiencias comunes frente al dolor colectivo de la pérdida del *shier* y la putrefacción del pueblo y la palabra. Ambas han sido víctimas de la misma máquina de exterminio que convierte los seres en cosas y luego las mide a partir de su rentabilidad económica. Quien se oponga a la productividad del dinero debe ser esclavizado, despreciado, excluido, eliminado o devuelto al mar. No importa que sea la propia hija, el padre debe cumplir las normas al pie de la letra.

Esa lógica del exterminio sistemático de culturas enteras se refinó e hizo más visible para el mundo en esta expansión renovada sobre África. Incluso para las hijas de los europeos africanos, para los hijos de los nuevos dueños y señores de África, la sensación de podredumbre indicaba que la humanidad ya no era vivible dentro de un modelo de sociedad legitimado por la separación de culturas y clases.



Ingrid Jonker. *Ik herhaal je*.
Vertaald door Gerrit Komrij
Amsterdam: Uitgeverij
Podium, 2000.

La humanidad que practica las masacres deja de ser especie y se torna depredadora de sí misma y de la naturaleza.

La obra de Jonker es uno de los proyectos estéticos más contundentes en contra de la expansión del capital y del terror en África. Las hijas se levantaron contra los padres porque África, a pesar de las promesas de la civilización europea, no había dejado de sufrir el exterminio y el saqueo. Si en 1961 Patrice Lumumba fue asesinado y su cadáver desaparecido en ácido por ofender el honor de los belgas, el cuerpo de Ingrid Jonker fue devuelto al mar en 1965. Es decir, en momentos en que se cosechan los movimientos independentistas de las nuevas repúblicas africanas y caribeñas resurgían y con mayor exacerbación los odios contra las voces libertarias, restauradoras de la vida.

Esa promesa de la libertad soñada por otros no tenía en la obra de Jonker un carácter de esperanza, sino un ataque a las máscaras del poder. El niño asesinado y la mujer embarazada eran la comprobación de la desaparición rotunda de la vida. En “Swanger vrou” [Mujer embarazada], de *Rook en oker*, Jonker dice:

Ek lê onder die kors van die nag, singend,
opgekrul in die riool, singend,
en my nageslag lê in die water.

Estoy echada bajo la costra de la noche, cantando,
encogida en la cloaca, cantando,
y mi descendencia está en el agua.

La madre África ya no es madre. La vida yace en una cloaca. La noche soporta una costra, la descendencia reproduce su putrefacción. Pero la poeta resiste, cantando. Encogida en la cloaca sigue cantando. En el poema “Mamma” de *Kantelson* la perplejidad ante la deshumanización conduce al enmudecimiento: “mamma is nie meer ’n mens nie / net ’n ’n”. Agustín B. Sequeros traduce: “Mamá ya no es una persona / no es más que un balbuceo”. Gerrit Komrij prefiere conservar en neerlandés la palabra “mens”, ser humano, y construye la expresión “alleen een ’n”, solo un ’n. La madre biológica, la madre territorio, ha perdido su calidad de ser vivo, de organismo, y se ha reducido a un balbuceo, a un ’n. Ser apenas un ’n es pasar a la condición inferior del afecto y de la existencia. Devenir menos que parásito, tal vez máquina defectuosamente parlante. A eso estamos condenados después de haber desaparecido el vínculo, el tejido con la naturaleza, la relación madre/hija. En la poesía, sin embargo, Jonker nos invita a resistir en la muerte. El poema “Puberteit” de *Ontvluchting* canta:

Die kind in my het stil gesterf
Verwaarloo, blind en onbederf

La niña en mí murió en silencio.
Descuidada, ciega e incorruptible ■